

# **EL PAPA FRANCISCO Y LA TEOLOGÍA FEMINISTA**

*Ivone Gebara<sup>1</sup>*

## **Introducción**

### **Las expectativas y las posibilidades de su realización**

El papa Francisco en pocos meses de pontificado ha sido, no solamente un fenómeno mediático sino una especie de catalizador de muchas esperanzas, tal vez hasta demasiadas. En general, podemos percibir también una construcción muy positiva de su imagen. Podemos leer en muchos periódicos y en varios artículos publicados, expresiones que confirman un entusiasmo contagioso. “La esperanza renace en la Iglesia”; “Francisco el papa de los pobres”; “La revolución de Francisco en la Iglesia”; “Francisco el papa de la globalización”, expresiones que indican una expectativa positiva en relación a su pontificado. La mayor parte de los teólogos de América Latina, y creo que de otros continentes, parecen entusiasmados con él y no dudan de hacer previsiones sobre cambios radicales que podrían acontecer. Basta seguir sus investidas en relación al Banco Vaticano, sus denuncias en relación al lucro y la política de intereses, la reforma de la Curia, para percibir que algo nuevo se está delineando. Cada día es

---

<sup>1</sup> Correo electrónico: [ivonegebara@gmail.com](mailto:ivonegebara@gmail.com)

un nuevo día, igual si mantenemos nuestros antiguos hábitos y las sorpresas pueden sorprendernos o decepcionarnos.

Mientras, el buen sentido nos enseña que no podemos esperar que en pocos meses de pontificado, el papa Francisco proponga todas las reformas que diferentes grupos, representando los más diversos intereses, están esperando. La vida de la Iglesia católica romana confirma la complejidad de todas las instituciones religiosas en este siglo y expresa las diferentes cuestiones políticas y económicas en torno a las religiones institucionales. En relación al papa, la diversidad de expectativas se mezcla con insatisfacciones de muchos órdenes, envolviendo prioridades objetivas y subjetivas, expresadas por los diferentes grupos. Todo ello es parte del momento mundial en que vivimos, en el que las manifestaciones y las reivindicaciones de muchos tipos se multiplican diariamente.

En este contexto, el papa podrá hacer algunas cosas, pero no todas las necesarias para el tiempo de ahora y ni todas las cosas que cada grupo espera de él. Además, hasta para establecer aquello que llamamos necesario, estamos inmersos en un mar de deseos y opiniones de lo más variado. En general, lo que parece bueno para la Iglesia como comunidad de creyentes, y lo que es bueno para mí y mi grupo, no siempre se encuentra en la misma línea.

Es en medio de esa compleja situación, en la que voces disonantes se hacen oír, es donde las reivindicaciones de las mujeres también se sitúan. Hablar de mujeres no es hablar genéricamente de las representantes del segundo sexo, sino de grupos específicos de mujeres que asumieron como una de las misiones de su vida, reinterpretar y vivir la herencia cristiana a partir de nuevas referencias. Tal actitud se intensificó a partir del siglo XX con la percepción más aguda de la complicidad de las religiones en los procesos de dominación y exclusión de las mujeres.

Las mujeres se enfrentan a muchos siglos de poder y de contenidos teológicos considerados como la expresión histórica de la fe cristiana, pero que hoy parecen anacrónicos ante los desafíos de la vida humana del siglo XXI. La gran mayoría de las for-

mulaciones dogmáticas que son parte de nuestro Credo están marcadas por los mitos, conflictos e interpretaciones que se entrecruzan y se excluyen hasta llegar a una formulación que se constituyó como la verdad católica. Hoy la formulación de esas verdades es cuestionada por causa de las consecuencias históricas que ellas impusieron a cuerpos concretos, no solamente de mujeres sino de otros muchos grupos sociales. ¿Podrá el papa Francisco en poco tiempo cambiarlas? ¿Esos cambios forman parte de su visión teológica y eclesial? ¿O será este el trabajo de la comunidad cristiana en los varios lugares del mundo? ¿Qué nuevas referencias prácticas y teóricas han aparecido en los discursos públicos del papa? Esas preguntas son importantes para lidiar con nuestras muchas expectativas con calma y moderación.

No es de hoy el que las mujeres al reivindicar espacios y formas de expresión religiosa diferentes de las oficiales, sean silenciadas y condenadas a diferentes tipos de censura y persecución. La institución cristiana siempre actuó mal con las mujeres y con las novedades que crearon. El recuerdo del pecado de Eva y su caída en la tentación de la serpiente, existe todavía de muchas formas en el inconsciente cristiano. El resentimiento originario creado en las relaciones humanas se manifiesta de muchas formas en lo cotidiano. La “guerra de los sexos” en forma más suave y velada continúa presente.

En la medida en que las mujeres son sumisas y obedientes al orden patriarcal son elogiadas por su generosidad y servicio a la familia y a la Iglesia. Sin embargo, cuando reivindican libertad, derechos e impugnan el orden establecido y los discursos sobre ellas, son marginadas y excluidas. Ese viejo debate continúa en el siglo XXI con algunas tonalidades especiales; es el que va a orientar la presente reflexión. Esta constituye un punto de vista, en medio de tantos otros, en el mundo de análisis y publicaciones acerca de la figura del papa Francisco.

Hablar de un punto de vista es de hecho acreditar que ninguna persona tiene el don de expresarse desde todos los lugares y representar todos los puntos de vista. Así cuando se habla de teología, de Iglesia o de mujeres, se está limitando el contenido a una manera de ver las relaciones humanas, pero ella no es abso-

luta. Cada punto de vista debería acogerse como una opinión personal que sirve para que el diálogo entre diferentes percepciones se haga posible, y la multiplicidad de aproximaciones en relación a un mismo acontecimiento pueda enriquecer la diversidad de nuestras experiencias.

## **1.- La teología de la mayoría. Solo para iniciar la conversación**

Antes de hablar de teología feminista en relación a aspectos de la teología del papa, tema que me fue propuesto por la revista **Alternativas**, es necesario que veamos en grandes líneas la teología de la mayoría de los que en el mundo se reconocen católicos. Esta teología parece ser mayoritariamente una teología de sentido común, devocional, jerárquicamente dependiente, apegada a milagros y a grandes manifestaciones de masas. Aquí no se trata de contenidos teóricos importantes o de nuevas formulaciones teológicas, incluyendo las feministas, sino del desarrollo de las relaciones con Dios, la Virgen, los santos o el Señor Jesús, a los que se recurre en momentos de miedo o de necesidad. Aquí cuenta una moralidad que es reconocida como católica y que toca diferentes niveles de la existencia. En esa teología dependiente de fuerzas superiores, las figuras masculinas continúan teniendo una influencia fundamental en la conducción de ese proceso en el que emoción y sumisión tienen un lugar más importante que la reflexión. No pienso sobre lo que creo, solamente creo. En esa línea vale señalar que los medios de comunicación, tanto nacionales como internacionales, tienen interés en enfocar justamente esas manifestaciones emocionales de religiosidad, la sanación de enfermos y otros acontecimientos extraordinarios como si la fe religiosa fuese solamente eso. En esa misma línea se enfatizan las grandes celebraciones de masas, en general transmitidas por la televisión, donde los fieles obedientes a la voz del sacerdote expresan su fe a través de la liturgia. Parece que ese aspecto visible llama más la atención del público que una búsqueda de prácticas de justicia o de una reflexión que incida sobre los desafíos de la cultura de hoy. Es como si la vida corriente se constituyese en dos niveles distintos y al mismo tiempo interdependientes. Uno de ellos el nivel cotidiano de nuestras luchas por la sobrevivencia

con su monotonía, sorpresas, tristezas y alegrías. El otro es el mundo espiritual representado por fuerzas capaces de modificar el curso normal de nuestras vidas de forma milagrosa. Estas fuerzas vienen de Dios y a través de él, de Jesucristo, los santos, la Virgen María. La relación entre esas dos dimensiones es de dependencia de una con relación a la otra, sin duda, pero la fuerza del mundo espiritual parece ser la más poderosa. La dimensión espiritual es asumida no solamente por los fieles, sino sublimada fuertemente por los sacerdotes y obispos que indican la dirección y los comportamientos a seguirse. La dependencia de una dimensión en relación a la otra, se expresa particularmente en un esquema de sumisión de los fieles a las autoridades de sus iglesias que de cierta forma representan el mundo espiritual. Existe un lenguaje que gira en torno a las necesidades vitales y a la confianza de que si se cree en la fuerza de Dios o de los santos, el curso de la vida puede ser cambiado para mejorar; incluida aquí la celebración de los sacramentos, sobre todo del bautismo, como parte integrante de los elementos de la cultura religiosa popular.

La teología de las masas o del común de los creyentes, a mi modo de ver, supera en mucho la teología de las minorías que buscan otra manera de explicitar la tradición cristiana. Algunos hasta discuten si se debe hablar de teología de las masas o solamente de religiosidad. No entro en esa discusión de momento. Prefiero decir que las masas tienen una teología híbrida constituida de muchos elementos y es expresión de su necesidad frente a los diferentes momentos de la vida.

Pienso que la teología feminista es una teología de minorías, o sea, representa una pequeña minoría, sobre todo en América Latina. Esto porque ella es una expresión del movimiento de liberación de las mujeres que conquistó espacios enormes en la vida social, política y cultural de muchos países. No obstante, el impacto del feminismo no ha sido significativo en las iglesias cristianas y en la mayoría de las teologías vigentes, de manera particular en la Iglesia católica romana.

Hablar de Iglesia católica romana significa hablar de todas las instituciones católicas que congregan a los católicos, ya sean parroquias, escuelas, hospitales o centros de pastoral. Esos

lugares vetaron, en cierta forma, la entrada del feminismo y también de la teología feminista. Muchas personas católicas no saben que existe una teología feminista. Podríamos preguntarnos, ¿por qué?

Sospecho que la tradicional teología católica no puede acoger las reivindicaciones del feminismo sin modificar radicalmente la antropología filosófica que sirvió de base, durante siglos, a la interpretación de la herencia del Movimiento de Jesús. En esa filosofía la propia concepción del ser humano es marcada por una jerarquía casi ontológica, a partir de la cual el hombre masculino es prioritariamente divino, representante y símbolo de la autoridad divina. Es a esa representación a la que llamamos teología patriarcal, o sea, aquella cuyo principio fundador es masculino.

Las conquistas de las mujeres fueron muchas veces consideradas concesiones de lo masculino para el mantenimiento del orden dominante masculino. Esto significa que en la cultura de hoy, muchos esfuerzos de mujeres, en las diferentes áreas del conocimiento y en la militancia social y política, se vean como pequeñas intromisiones en la organización masculina del mundo. Esta visión y modelo de comportamiento todavía permanece bastante fuerte en las iglesias cristianas y especialmente en el catolicismo.

En la misma línea: la diversidad sexual, las nuevas relaciones de género, las nuevas identidades marcadas por el cambio de nuestro mundo, son todavía acogidas como excepciones a la regla patriarcal corroborada por la naturaleza y por Dios. En otros términos, el orden patriarcal y en particular el orden religioso patriarcal, luchan por mantener aquello que creen ser el orden natural de las cosas o la verdad revelada por Dios. Están lejos de aceptar que aquello que denominan orden natural, es en realidad una interpretación, una manera del ver el mundo humano y el cosmos. De la misma forma, aquello que denominan orden querido por Dios, es una interpretación imaginaria de una voluntad suprema ética y supra ética capaz de ordenar el mundo. Esta filosofía de corte platónico y aristotélico-tomista, popularizada de diferentes maneras, está muy presente en las iglesias, y se enfrenta a

los nuevos desafíos del mundo contemporáneo. Los conflictos con los diferentes grupos son crecientes e inevitables.

Sin duda hay elementos de nuestra estructura vital que no dependen de nosotros, que nos son entregados por las fuerzas de la Vida, pero estas cuestiones éticas van más allá del dato biológico. Esta discusión que necesita ser, cada vez más, introducida en la teología popular, se enfrenta a múltiples resistencias de diversos órdenes. Lo mismo que la dimensión mística de la vida que puede ser traducida como una acogida de la vida más allá de las mismas previsiones; una acogida del misterio que nos teje y envuelve no precisa necesariamente ser identificado con un esquema filosófico determinado oficialmente. No es él quien determina o impone aquello que se llama verdadero o falso en la experiencia religiosa.

Para muchos cristianos, lo que se llama “orden natural” es una realidad preestablecida y revelada por Dios que toca no solamente las cosas de la naturaleza, sino también nuestros comportamientos y sentimientos. No la perciben como fruto de la evolución del ser humano y de las convenciones necesarias para la vida social. Son, para muchos, realidades pre-dadas y preexistentes y con poder indiscutible deben ser afirmadas y observadas. Por tanto, con esa perspectiva casi nada puede ser cambiado en las cosas consideradas como leyes de la naturaleza, en vista que esto implicaría una desobediencia al orden divino. Sin duda, lo que parece argumento filosófico y teológico natural racional se mezcla con la complejidad emocional del ser humano y a los mitos que construimos alrededor de situaciones de nuestra vida. El orden emocional parece tener una fuerza impresionante en vista de que muchas personas están dispuestas hasta dar la vida por este orden y otros lo mantienen como forma de defender su propio poder o aquello que piensan ser la voluntad divina.

Hablo del orden emocional en el sentido de rescatar una dimensión importante en nuestra vida y muy particularmente en las vivencias religiosas. La emoción no solo da el color y la intensidad de la religiosidad, sino que facilita o bloquea la percepción plural del mundo y la necesidad de cambios. Muchas veces creemos más en aquello que sentimos y en aquello que queremos

sentir que en algunos hechos o acontecimientos que la historia cotidiana nos muestra. Creemos más en nuestros hábitos que en las invitaciones que la historia nos hace con vista al bien de muchas/os. Es esa religiosidad que continúa siendo difundida por las iglesias, estableciendo fiestas de santos, milagros y también las liturgias sacramentales de cada día que se extienden por todos los lados de nuestro continente y del mundo. Esa religiosidad, que se volvió un hábito en muchos lugares, es capaz de marcar los diferentes tiempos y espacios y tiene mucho poder sobre la vida de las masas que la frecuentan.

Me atrevo a decir que los últimos papas, inclusive Francisco, y muchos de nosotros, en cierta manera, tenemos esa teología de las masas mezclada a la erudición filosófica, literaria y teológica. También en los textos y entrevistas del papa actual, así como en el ejercicio de su ministerio, esos niveles parecen claros, otras veces confusos.

Es preciso señalar que las discusiones teológicas no están presentes en la mayoría de las comunidades populares y los conflictos de poderes se expresan de otras maneras. La gran mayoría es ajena a los discursos y encíclicas papales. El lenguaje en que son escritas y su estilo propio son de un mundo aparte. Pero ese mundo aparte y sus discursos bien elaborados fortalecen el poder de los clérigos sobre los fieles y les da más conocimiento y poder para dirigir el “rebaño” y volverlo dependiente de una visión afirmada como la más correcta.

En relación al papa, la mayoría de los fieles capta gestos, caricias, encantamientos públicos, bendiciones, palabras simples. Vibran, aplauden, endiosan, idealizan de cara al mantenimiento de sus creencias y de la emoción necesaria a sus vidas. La apreciación positiva, en general, dura mientras dura el entusiasmo de la presencia física o del acontecimiento. Creo que esos eventos nutren la teología de masas y, al mismo tiempo que acarician y encantan a muchos, tienen el riesgo de provocar la alienación. De ahí la necesidad urgente de retomar una actitud más participativa en la discusión y transformación de los contenidos de nuestras creencias con vista a la vivencia del Evangelio para nuestros días.



## **2.- La teología “de la mujer” según el papa. Percepciones sin confirmaciones**

Cada vez que decimos que una persona piensa de esta o de aquella forma, o que hará esto o aquello, es preciso dejar claro que soy yo quien piensa que ella así piensa. Tal afirmación es especialmente verdadera cuando solo la conocemos por algunos textos, entrevistas y conferencias públicas. Sin una convivencia mayor, de diferentes tipos, es realmente difícil hablar de lo que otra persona piensa o quiere. Así, salvo raras excepciones, mi subjetividad y mi manera de percibir la vida de los otros son mezcla de mi manera de ver y juzgar la vida. A pesar de eso, es necesario decir que las posibilidades de aproximación y comprensión mutua existen y permiten comunicación y diálogo entre nosotros. De esa forma al hablar del pensamiento de una persona no solamente estoy siendo selectiva, sino situando ese pensamiento, en cierta forma, en relación a mi propia percepción del mundo y a las posiciones que defiendo. En la misma línea está la crítica que hago al pensamiento de esa persona. Buena parte de las cosas en que creo y por las cuales yo lucho, condiciona mi manera de interpretar el pensamiento del otro. Por eso lo que presento de lo que capté del pensamiento del papa Francisco en relación al tema de este texto, es limitado por mi historia, mis condicionamientos, percepciones y selecciones.

La figura afable, próxima y animosa del papa Francisco, la ruptura de protocolos, la simplicidad en la vida cotidiana, revela que él valora el contacto directo con las personas, el uso de un lenguaje más coloquial que teológico y científico. Su forma de ser o de presentarse en público ha llevado a muchos a decir que se parece a Juan XXIII, o que su pensamiento va a inaugurar una primavera en la Iglesia católica. Por otra parte, podemos observar cuánto se ha preocupado de introducir, en los pocos meses de pontificado, la dimensión de la colegialidad en la discusión de muchos problemas del Vaticano. Esto quiebra el modelo de la infalibilidad papal y de la concentración de poder en una sola persona.

Percibo que ese lenguaje coloquial y afectivo del papa expresa también una forma de pensar el mundo a través de un

orden más o menos preestablecido, aunque hable mucho de cambios, de tiempos y espacios diferentes, de modernidad y otras cuestiones en esa línea. Intuyo, a partir de los discursos pronunciados y entrevistas concedidas, especialmente con ocasión de la última Jornada Internacional de la Juventud, que en el pensamiento del papa existen afirmaciones constantes en relación a la tradición cristiana que son hechas con el estilo de un hombre religioso capaz de comunicarse en un lenguaje moderno y coloquial. Su universo doctrinal católico es estable y más o menos conocido. Es claro que no podía ser diferente siendo electo por el Colegio de cardenales como el líder mayor de la comunidad católica mundial. Habla como un sacerdote, un jesuita, un hombre letrado conocedor de literatura y cine además de la gran tradición teológica cristiana. Convoca de forma directa a las personas a la proximidad con los pobres, la intimidad con Jesús, la devoción a la Virgen María. Todo ello con un lenguaje afectivo, sobrio y coloquial, que es más fácilmente acogido y apreciado por las personas más simples. No obstante, a mi modo de ver, no introduce nada radicalmente nuevo en las enseñanzas tradicionales de la Iglesia. Los clamores por la justicia que oímos en sus discursos son eco de la doctrina social de la Iglesia y del Concilio Vaticano II. El respeto a los diferentes credos religiosos es parte de todo un esfuerzo ecuménico iniciado de forma especial también por el Concilio. La afirmación del Dios único más allá del Dios católico, afirmación de fundamental importancia, es bastante antigua en la teología y en la mística cristiana.

Las novedades del papa no están en sus discursos, sino en su forma personal de acercarse a las personas, especialmente a los niños abandonados, jóvenes marginados, ancianos y enfermos. Esta es su manera simple de vivir y relacionarse con las personas, así como ciertos gestos y discursos significativos políticamente. Su viaje a Lampedusa, en el sur de Italia, es un ejemplo de eso; así como los discursos de apoyo al pueblo sirio y a otros grupos sujetos a la estupidez de las guerras

¿Dónde entran las mujeres en su pensamiento? Esta es nuestra cuestión, en vista de que estamos emergiendo como sujetos históricos activos más allá de los estereotipos y de las afirmaciones genéricas masculinas.

En la tentativa de delinear algo de su teología en relación a las mujeres, seguiré un itinerario libre que intenta dialogar con sus expresiones públicas en encíclicas, homilías y algunas entrevistas.

Cuando de vuelta a Roma, después de finalizada la Jornada Mundial de la Juventud<sup>2</sup> en Río de Janeiro, fue preguntado por un participante sobre la cuestión de la ordenación de las mujeres, respondió de forma sucinta, que el papa Juan Pablo II había cerrado la cuestión, o sea que las mujeres no podrían ser ordenadas. Y, como para justificar su posición y tal vez evitar conflictos con las mujeres, añadió que “*María es superior a los apóstoles y que la Iglesia estaba necesitando una teología femenina*”<sup>3</sup>. Aquí, creo yo, hubo una respuesta inmediata, política, un tanto retórica, abstracta e idealista. Reveló hasta una falta, tal vez a propósito, de conocimiento de la existencia de la teología feminista y del esfuerzo de tantas mujeres intelectuales y pastoralistas para vivir y difundir un cristianismo inclusivo, igualitario y comprensible en nuestro siglo. Reveló el desconocimiento o el no reconocimiento oficial de la teología feminista que ya tiene larga historia en muchos lugares del mundo e inclusive en América Latina.

Decir que María es superior a los apóstoles es, en cierta forma, salirse por la tangente. Es responder a una pregunta amplia y espinosa con una respuesta espiritualizante y precariamente consoladora. La cuestión de las mujeres no es abstracta, ni teológica, ni devocional, sino práctica y cotidiana, presente en todos los rincones del mundo. Es una cuestión de derecho a la dignidad, de ciudadanía y libertad. Tiene que ver con las formas jerárquicas de entender el ser humano y las manipulaciones consiguientes. Basta recordar la violencia contra las mujeres, expresada de diferentes formas. Hoy hablamos hasta de una especie de genocidio femenino presente en muchos lugares del mundo y particularmente en América Latina. Por esta razón, la apelación a María en ese momento pareció, a muchas de nosotras, inoportuno y hasta una falta de lógica en la conversación. La devaluación de las mujeres, la violencia de que son víctimas, el silenciamiento, son

---

<sup>2</sup> Palabras de Francisco en Brasil. Sao Paulo. Ed. Paulinas, 2013.

<sup>3</sup> Entrevista de los participantes con el papa en el vuelo de vuelta del Brasil. Radio Vaticana, Viajes Apostólicos. 30/07/2013.

cuestiones reales que necesitan ser enfrentadas por las instituciones de la Iglesia. Y esto, de ninguna forma es hacer de las mujeres las principales víctimas de la Iglesia, como afirman erróneamente algunos, sino reconocer situaciones y relaciones que de hecho, hacen de las mujeres objetos de uso y abuso.

Los múltiples y variados sufrimientos de las mujeres y sus luchas por la dignidad no han sido todavía enfrentadas por los hombres cristianos ni especialmente por el clero. En su gran mayoría no asumen la causa de las mujeres como parte integrante de su misión, aunque sí hay algunos con una sensibilidad mayor ante el problema. Pueden hasta reconocer la existencia de la violencia, pero no consiguen aproximarse a las mujeres concretas, tal vez, por la protección y desconfianza que la Iglesia les impone con relación a ellas. En ese sentido creo que el papa Francisco vive las mismas dificultades del clero. Desde muy joven, huérfano de madre, su convivencia mayor fue con un mundo masculino cargado de preconceptos en relación a las mujeres. Y, por eso creo que él no podrá enfrentar directamente estas cuestiones a partir de la formación jesuita y clerical que recibió. Decir esto significa sugerir los límites de la formación clerical que no permiten convivir con la multiplicidad de maneras de ver el mundo y sentir la vida. Significa también la urgente necesidad de oír más los clamores de las mujeres a través de ellas mismas y no a través de la mediación interpretativa del clero. En esa línea, acercarse más a los movimientos de mujeres que reivindican más espacios en la Iglesia y a los movimientos de la sociedad civil en búsqueda de sus derechos. Como él mismo dice “es preciso salir a la calle” para estar con el pueblo y por añadidura también con las mujeres.

En la entrevista que aparece en la revista **Civiltá Cattolica**<sup>4</sup> de los jesuitas, el papa afirma que las mujeres precisan tener más espacios en la Iglesia. Ese comentario, aunque importante, es un poco en el aire porque nos preguntamos ¿de qué espacio está hablando? ¿Se estaría refiriendo al espacio de las órdenes clericales? ¿Al espacio en las facultades de teología? ¿Al espacio en los cónclaves cardenalicios como algunos periodistas señalaron en estas últimas semanas? Sin duda, es en el espacio público y repre-

---

<sup>4</sup> **Civiltá Cattolica**. 19/08/2013. Entrevista realizada por el P. Antonio Spadar S.J.

sentativo de la Iglesia donde estamos ausentes. Es en el ejercicio de un poder igualitario en el que no nos permiten entrar, según una argumentación e interpretación limitada del Nuevo Testamento. Pero no olvidemos que allí donde el papa invita a seminaristas y sacerdotes a estar, en medio de los más pobres, ya están muchas mujeres enfrentando la convivencia diaria con los despreciados de este mundo. Muchas están por voluntad propia, en su propio nombre, a partir de sus propias convicciones. No hablo solamente de las religiosas, sino de muchas mujeres laicas que con su labor cotidiana sustentan la fe y la vida de mucha gente en lugares inhóspitos y en situaciones desesperadas. Es este lugar de muchos colores y voces que reivindicamos una manera nueva de comprender y vivir la tradición del Movimiento de Jesús, que sea de hecho inclusivo de las diferentes. Es este lugar donde esperamos ser reconocidas con nuestra interpretación de la tradición cristiana. Por eso, no se trata solamente de entregarnos la “dignidad sacerdotal” y reproducir el mismo modelo clerical. Nuestra revolución quiere ir más lejos, quiere excavar la tierra para plantar nuevas simientes.

Con la encíclica *Lumen Fidei*<sup>5</sup> escrita a cuatro manos con Benedicto XVI, primera del pontificado de Francisco, me sentí por un instante movida y conmovida, sobre todo con los siete párrafos introductorios. En ellos Francisco hace una especie de explicitación fenomenológica de la fe con riquísimas analogías, desde el culto al sol en el mundo pagano hasta la urgencia de recuperar el carácter originario de la fe más allá del sol. Fe como memoria y fe como luz que viene del futuro más allá de los consuelos buscados, más allá de los vacíos que nos pueblan. Hay una misteriosa belleza que se irradia en esas afirmaciones que apenas algunas personas captan.

Confieso que sobre todo, esos primeros párrafos hicieron vibrar las cuerdas de mi mundo interior donde mi formación filosófica y teológica encontraron eco en los nombres de Nietzsche, Dante y de algunos Padres de la Iglesia citados por el papa. Experimenté algo parecido con la contemplación de algo bello que se delineaba en mí y que en cierta forma era capaz de dialogar con

---

<sup>5</sup> Carta Encíclica *Lumen Fidei* del Sumo Pontífice Francisco, São Paulo, Paulinas 2013.

cosas antiguas de mi formación. Pero al mismo tiempo me di cuenta que yo pertenecía a una “casta” capaz de situar esos autores u otros que seguidamente fueron citados por el papa. Yo hacía parte, a pesar de ser mujer, de los privilegiados que leen a Nietzsche, Buber, Jean Jacques Rousseau, Dostoiévski y pueden apreciar un texto tan bien escrito, pero incomprensible para la gran mayoría de los fieles. Estaba preguntándome si las encíclicas podían ser diferentes. Si además de las encíclicas marcadas por la autoridad papal, no podría haber breves crónicas sobre diversas situaciones, cuestiones y alegrías de nuestro mundo. Imaginé que más personas podrían tener acceso a los comentarios del papa sobre la historia cotidiana. Y podría haber más discusión y algunos consensos.

De la belleza de los primeros párrafos de la encíclica, que ciertamente pueden incluir la experiencia de fe de hombres y mujeres, fui al capítulo I que se inicia con Abraham, nuestro padre en la fe. Aquí la historia continúa la misma de antes, privilegiando la voz de Dios a Abraham, el diálogo con él, la respuesta de Abraham y el camino que él hace. Una vez más la asociación de la fe a una figura mítica masculina, sin la inclusión de figuras femeninas, es manifiesta. El texto sigue con la figura de Moisés señalado como el mediador, como aquel que habla con Dios y comunica al pueblo su voluntad, y va hasta Jesucristo, con la misma dinámica de una historia de fe a través de personajes masculinos. Muestra la centralidad de la fe en Jesús, el hijo de Dios hecho hombre, camino de salvación para los cristianos, como si fuese una narrativa histórica de protagonismo masculino.

La encíclica parece seguir las tradicionales vías de la historia de la salvación presente en la teología clásica. En ella Dios es el personaje principal que tiene una voluntad, un designio, en relación a todo lo que existe y arriba de todo lo que existe. Jesús es señalado como el espejo en el que el creyente debe verse.

Todas estas afirmaciones parecen reflejar todavía una filosofía característica del cristianismo primitivo, pero tienen poco eco en el mundo contemporáneo, especialmente si se expresan en ese tipo de lenguaje.

Decir, por ejemplo, que la fe tiene una dimensión eclesial, o sea, es vivida en comunidad y es sin duda verdad, pero es insuficiente desde el punto de vista práctico. Y esto, porque los fieles preguntan sobre el tipo de comunidad, sobre sus valores, sobre sus posturas políticas, sus líderes y así sucesivamente. A pesar de la importancia del referente platónico y aristotélico para el cristianismo, hoy él ya no da cuenta de las reivindicaciones inmediatas que la diversidad de personas van haciendo a la Iglesia jerárquica. No da cuenta de la reivindicación de las mujeres y ni de las situaciones límite que estamos viviendo en relación a la destrucción del planeta, promovida por el modelo capitalista vigente.

Hablar de las limitaciones de los textos pontificios no es negar la importancia de la reflexión teológica en la línea de los desafíos teóricos, sino hacer la pregunta sobre los destinatarios de esos textos y lo que se pretende con ellos. En otras palabras, es querer que la riqueza del cristianismo pueda ser comprendida por muchas personas en la diversidad de sus situaciones.

En la entrevista de Francisco en la **Civiltá Cattolica**, aunque el entrevistador –P. Antonio Spadaro– tiene a veces confundido al lector con sus intervenciones y comentarios, es posible percibir la sensibilidad de Francisco a los muchos dolores del mundo. Su manera directa y personal revela la calidad de su búsqueda y comunicación. Pero de nuevo, en lo esencial su manera de abordar los problemas es marcada por la formación católica tradicional que recibió. Sin duda una excelente formación humanística, filosófica y teológica, pero que permanece en el mundo de una tradición que usa el lenguaje de una casta; todavía habla de problemas generales y especialmente de los problemas de los pobres. Ese diálogo muestra la distancia entre la casta y la masa de los creyentes, o como señalé al inicio de esta reflexión, la distancia entre la teología de las masas y de las minorías. Además presenta una historia de la fe muy limitada a figuras extraordinarias en que la conflictividad de la vida poco aparece, y el papel de los diferentes actores y actrices de esa historia queda reducido a una historia ejemplar masculina, a ser imitada.

En relación a las mujeres, en la entrevista, el papa afirma: *“Es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia”* y añade *“temo la solución del machismo de faldas, porque la mujer tiene una estructura diferente del varón. Pero los discursos que oigo sobre el rol de la mujer a menudo se inspiran en una ideología machista. Las mujeres están formulando cuestiones profundas que debemos afrontar. La Iglesia no puede ser ella sin la mujer y el papel que ésta desempeña. La mujer es imprescindible para la Iglesia”*.

¿Cuáles son los espacios de presencia más incisiva para las mujeres? ¿Qué significa el machismo de faldas? ¿Cómo se manifiesta él en la Iglesia? ¿Qué tipo de ideología machista ha influenciado en las mujeres? ¿Qué mujeres? Algunos comentarios de hombres de Iglesia situarán y justificarán las afirmaciones del papa en la línea del machismo latinoamericano. Creo que la alusión es impropia porque él hace la crítica de las formas de acción sin situar los problemas vividos y combatidos por las mujeres. Creo que el papa tenía en mente algunas manifestaciones feministas extremas o radicales, pero no se enfrentó a las grandes cuestiones subyacentes en esas reacciones.

Es más, Francisco hace una distinción y tal vez hasta una real separación entre la Iglesia y las mujeres, cuando afirma que *“la mujer para la Iglesia es imprescindible”*. No consigo entender esa afirmación sin pensar que en la formación teológica del papa, la Iglesia es masculina. Y lo mismo se afirma como esposa de Cristo o como en el párrafo 5 de la Encíclica *Lumen Fidei* donde, citando el Acta de los Mártires, alude al hecho del cristiano Hierax afirmando que *“nuestro verdadero padre es Cristo y nuestra madre la fe en él”*. La feminización de la fe en Cristo como artificio de lenguaje elimina la acción y la representación real de las mujeres. Lo femenino se incluye en lo masculino y así se resuelve la cuestión.

Sin embargo, ¿cuáles son las cuestiones decisivas que las mujeres han establecido en la Iglesia? El papa no enumera ninguna, solamente hace una afirmación general. El lector necesita adivinar o simplemente olvidarse de esta parte de la entrevista. Una vez más las afirmaciones en relación a las mujeres son muy vagas



y no afrontan los desafiantes problemas vividos y las reivindicaciones históricas hechas por nosotras a lo largo de siglos y en la actualidad.

El papa Francisco continúa: *“María, una mujer, es más importante que los obispos. Digo esto, porque no se debe confundir función con dignidad. Es necesario, por tanto, profundizar más en la figura de la mujer en la Iglesia. Hay que trabajar más hasta elaborar una teología profunda de la mujer. Solo tras haberlo hecho podremos reflexionar mejor su función dentro de la Iglesia”*.

La breve frase sobre María es perturbadora. Perturbadora por inesperada y hasta poco comprensible en el contexto. Jamás se esperaría que él dijese que Jesús es más importante que los obispos e infiriese de su raciocinio que no se puede confundir la función con la dignidad. ¿Qué se entiende por función y dignidad? ¿Será que se puede distinguir la función sacerdotal de la dignidad sacerdotal? ¿Será que se puede distinguir la función de profesora, de la dignidad debida a la mujer que es profesora? Creo que esas distinciones no ayudan a la comprensión de las relaciones entre el clero y las mujeres, en vista de que es de eso de lo que se trata. Los miembros de la Iglesia católica –mujeres y hombres– son considerados teóricamente “pueblo de Dios”, pero parece que Francisco, tal vez sin percibirlo, hace una distinción. ¿Por qué? ¿Qué esconde esta distinción?

Podríamos también preguntarnos: ¿cómo se profundiza la función de la mujer en la Iglesia? ¿Quién deberá hacer esa profundización? Estas preguntas no son abstractas, sino contextualizadas. Deben tocar situaciones concretas del enfrentamiento de las mujeres con la institución jerárquica. En esa línea, no podemos olvidar el proceso iniciado en el papado anterior contra las religiosas norteamericanas y que Francisco confirmó la continuidad del mismo. Con eso, podemos preguntar: ¿cómo está el papado profundizando la imagen femenina, cuál imagen? ¿Y cuál es el lugar de las mujeres?

Ningún nombre de mujer ilustre es nombrado fuera de María, madre de Jesús, tanto en la entrevista como en la enci-

clica, con la excepción de una alusión a la madre Teresa de Calcuta. Santa Clara no es nombrada al lado de San Francisco. Teresa de Ávila, la gran reformadora del Carmelo, es olvidada. Las místicas de la Edad Media con su manera de contemplar el misterio divino de forma tan rica y original ni siquiera son recordadas. Las fundadoras de comunidades religiosas al servicio de los más pobres están ausentes. Nuestra querida Sor Juana Inés de la Cruz, víctima de la Inquisición por su osadía y sabiduría insólita, no forma parte de las citas exigidas a un hombre de Iglesia. ¿Será que eso no es parte de la ideología machista que los hombres de la Iglesia continúan transmitiendo? ¿Todavía esperan que las mujeres acepten en silencio ese grave error histórico, como si en la Iglesia, comunidad de fieles del Movimiento de Jesús, no existiese un protagonismo femenino de primera clase desde la primera hora del cristianismo?

Sigo citando al papa Francisco en la misma entrevista: *“En los lugares donde se toman las decisiones importantes es necesario el genio femenino. Afrontamos hoy este desafío: reflexionar sobre el puesto específico de la mujer, incluso allí donde se ejercita la autoridad en los varios ámbitos de la Iglesia.*

¿Qué estaría pensando el papa Francisco en relación al “genio femenino”? ¿Por qué dice que ese genio es necesario en los lugares donde se toman decisiones importantes? ¿Cuáles son esos lugares? ¿Será solamente retórica? ¿Una figura de estilo? ¿O estaría pensando en la genialidad de muchas mujeres jefes de familia, únicas responsables por la manutención, cuidado y educación de su prole? ¿O pensó en mujeres intelectuales de diferentes partes del mundo que destacan en literatura y arte, especialmente en los dos últimos siglos? ¿O pensó en el ascenso de las mujeres en el mundo de la política? Perdónenme las libres elucubraciones, pero fue lo que se me ocurrió cuando leí el texto de Francisco y cuando no pude comprender lo que él quería decir con esas enigmáticas expresiones.

Así, sin dejar claro el concepto sobre la genialidad femenina, el papa Francisco termina el párrafo abriéndonos una expectativa sobre la necesidad de reflexionar sobre el lugar de las mujeres en el ejercicio de la autoridad en la Iglesia. ¿A qué autoridad

se refiere? No da pistas en la entrevista y tampoco en otros textos de forma clara y directa.

Es interesante observar que en la encíclica *Lumen Fidei* la referencia explícita a la vivencia y transmisión de la fe a través de las mujeres también es escasa. Solamente en el capítulo III, titulado: “La Iglesia madre de nuestra fe”, alude en el párrafo 75 a la beata Teresa de Calcuta que como San Francisco acogió a los que sufren como mediadores de la luz de la fe. Y en el capítulo IV, el último, la encíclica concluye con una reflexión sobre María, la madre de Jesús, con la afirmación de Lucas, 1,45: “*Feliz tú que creíste*”. La felicidad de la madre se cumple en la obediencia a Dios, camino que se volvió el “icono perfecto de la fe” (párrafo 58). Termina afirmando que es por su vínculo a Jesús que María se asocia a aquello que creemos. Como es común en la teología masculina, la identidad de María es idealizada y está siempre en función de Jesús. Ella no es presentada como mujer autónoma, sino siempre en función de su hijo y para su hijo. Se perpetúa la identidad femenina a través de la maternidad y el valor máximo cristiano para las mujeres continúa siendo la obediencia.

### **3.- Límites de una teología de la mujer**

A partir de lo dicho anteriormente y a la luz de algunas referencias feministas, es posible percibir los límites y la insuficiencia de una teología de la mujer delineada en algunos textos y palabras del papa Francisco. Con esa perspectiva vale decir que el uso de la expresión “teología de la mujer” parece vago, abstracto y demasiado amplio. Me permito jugar un poco con las expresiones. ¿Qué significaría hablar de la “teología del hombre”? ¿De qué hombre estaríamos haciendo teología? ¿De los blancos? ¿De los negros? ¿De los amarillos? ¿De los célibes? ¿De los heterosexuales? ¿De los homosexuales? ¿No estaríamos cometiendo el mismo error en relación a las mujeres? Sabemos bien que los hombres en la tradición cristiana, fueron los primeros sujetos y objetos de la teología, pero eso no justifica un abordaje tan general en relación a las mujeres. Hay muchas cuestiones históricas y hermenéuticas que necesitan ser consideradas y profundizadas.

La cuestión de la teología feminista tiene que ver con la ausencia de las mujeres como sujetos activos de la teología, como responsables por la expresión de su fe, como capaces de decir una palabra sobre el Evangelio de Jesús, como capaces de ser líderes de sus comunidades eclesiales. La teología feminista indica un combate por nuestra dignidad, una tentativa de ir más allá de un abstracto masculino que nos domina y nos quiere incluir en el mismo modelo. La teología feminista quiere ir más allá de la normatividad masculina para abrirse a un pluralismo de expresiones y de experiencias de amor a sí y al prójimo. La teología de la mujer parece que apenas quiere abrir un espacio en los dominios masculinos de la teología y de la Iglesia para incluirnos. Nosotras queremos ir más adelante.

Cada vez más estamos siendo invitadas a afinar y calificar mejor nuestra visión para afirmarnos en nuestras búsquedas a partir de perspectivas diversificadas. En ese sentido el genérico “mujer”, no me lleva a percibir de qué mujer se está hablando en el siglo XXI. Además no me lleva a captar qué problemas, en relación a las mujeres, están siendo evocados en la teología y en la Iglesia.

Tal situación me remite a algunas reflexiones hechas por la filósofa Hanna Arendt en su libro: *La vida en el espíritu*<sup>6</sup> en el que aborda la ardua cuestión del pensamiento. Para ella los pensadores, especialmente los filósofos y, me permito añadir, los teólogos, tienen una tendencia de huir de las apariencias, o sea, de aquello que aparece ante nosotros, para pensar un mundo según las ideas perfectas sobre el mundo. Tienden a huir de los tropiezos diarios, del barullo de los niños, de los gemidos de los enfermos y de las contradicciones de cada instante, para pensar un mundo ideal. Tal postura, herencia de las filosofías y teologías antiguas, de conceptos heredados y reelaborados a lo largo de sus vidas, los alejan de los seres concretos y particularmente de los aspectos más vulnerables de la vida. Así es más fácil hablar del hombre, de la mujer como conceptos según un “deben ser” de lo que de esa multiplicidad se muestra ante nosotros y de la que también soy parte de mi aparición y desaparición ante los otros.

---

<sup>6</sup> Hanna Arendt, **A vida no espírito**. Vol. I. Pensar. Lisboa. Instituto Piaget, 1971.

Aquello que aparece o las apariciones de nosotros a nosotros se refieren a lo concreto de nuestras historias, a las relaciones y conflictos vividos en el día a día. Y esos conflictos tienen que ver con relaciones de género, con poderes, con luchas de muchos tipos y con la vivencia de nuestra sexualidad en los diferentes lugares que ocupamos. En esa línea surge la dicotomía entre aquello que aparece y aquello que pensamos que es tal categoría de personas. La tentación de procurar siempre más allá de aquello que aparece, de buscar la esencia de las cosas y de los seres, fue grande también en el cristianismo. Esto nos llevó al abandono o a la fuga del mundo, así como a considerar a las personas de forma abstracta o a partir de modelos considerados más de acuerdo con la voluntad divina. Amar el mundo en la perspectiva de las mujeres es amar esas apariencias múltiples y fugaces en busca de pequeñas felicidades.

*“Para descubrir lo que realmente es, el filósofo tiene que abandonar el mundo de las apariencias dentro del cual está naturalmente y originalmente en casa (...). Fue siempre la propia dimensión de la apariencia de ese mundo que sugirió a los filósofos, esto es, a la mente humana, la noción de que debe existir alguna cosa que no sea apariencia”<sup>7</sup>.*

Es como se si esta “cosa” fuese supuestamente más elevada o conteniendo más valores de los que esta apariencia que capto en mi cotidiano, capaz muchas veces de decepcionarme en relación a mi misma y a los otros. Por eso una teología de la mujer tiene más lugar en la Iglesia que una teología feminista combativa, múltiple, a veces contradictoria, llena de equívocos y de pequeñas luces.

Sabemos bien que la primacía de aquello que nos aparece en la existencia cotidiana es un hecho de vida del que no podemos huir. Del hambre, de la sed, de la falta de moralidad, de la falta de salud, de la soledad, del abandono..., es esto nuestra vida. La inseguridad no tiene país, de ir en busca de techo, de huir de la guerra, de esconderse de la violencia, de mentir ante los torturadores, de esconderse del marido violento, de robar para matar el

---

<sup>7</sup> Op. Cit. P. 33/34.

hambre..., es esa nuestra respiración cotidiana. Es también el encuentro con la persona amada, el presentimiento de su llegada o la tristeza de su partida, que conmueven las entrañas más allá de cualquier teoría. Es el bebé que nace, el árbol plantado, las gallinas en el corral, el canto de los pájaros en primavera... lo que renueva la vida.

La verdad por encima de la apariencia parece tener ese desarrollo como elemento fundamental en muchas teologías y filosofías. Dan valor a lo que no aparece y hacen de él el ideal y el fundamento propuesto a las vidas humanas ordinarias. Atribuyen a ese orden de realidad pensada un valor más elevado que a aquello que constituye la materialidad de nuestras relaciones, la materialidad de nuestros cuerpos y de sus múltiples necesidades. Le entregaron el poder sobre nosotros, simples vivientes, en la misteriosa mutación del mundo y usaron ese poder para dominar nuestros cuerpos y mentes. Culpabilizaron a nuestros cuerpos, atormentaron nuestro espíritu en nombre de una perfección imaginada. Y continúan todavía hoy al no desconfiar de las falacias de sus construcciones metafísicas, de sus deseos espirituales más allá de la belleza y de la contradicción encarnada en la materialidad cotidiana de la vida. No desconfían, como dice Hannah Arendt, de esa dicotomía entre el ser y la apariencia que lleva a la negación de la propia dinámica de la vida, intentando fundar una "verdad verdadera" sobre el ser humano y el mundo. No perciben que ese mundo al que ellos nos convidan a entrar y a vivir no existe, porque no conseguimos vivir fuera de los límites de nuestra materialidad y de nuestras apariencias o apariciones múltiples para seguir sus modelos etéreos.

En ese sentido hablo de la afirmación del papa sobre la mujer o más específicamente sobre la teología de la mujer. ¿De qué mujer y de qué teología está hablando? A veces tengo la impresión de que el papa actual, así como sus predecesores más inmediatos, tuvieron una idea muy sublime de la mujer que les gustaría verla aceptada por las propias mujeres. ¡Una mujer más allá de las apariencias! Pero esa idea no corresponde a ninguna mujer real, a ninguna mujer que se encuentre en este mundo. Por eso se apegan a la figura de la Virgen María construida a imagen de su mundo de ideas verdaderas sobre la mujer. Se apegan a la Virgen,

figura maternal, aparición de la nostalgia de nuestro origen uterino aunque destituida de su sexo y glorificada por ello.

¿Por qué no valorar la superficie en vez de insistir siempre en los fundamentos ideales? ¿Por qué no valorar lo que aparece, amar lo que aparece aunque proponga otra forma a lo que aparece? ¿Por qué no hablar de lo que está ante nosotros para poder desafiarlo y cambiarlo a mejor? Hasta esa nueva forma sería también y solamente un nuevo aparecer sujeto a las mutaciones que nos caracterizan. No se pueden disipar errores afirmando esencias o ideales más allá de la materialidad de nuestra existencia. Dice Hannah Arendt “... *el propio científico pertenece al mundo de las apariencias aunque su perspectiva sobre el mundo pueda diferir de la perspectiva del sentido común*”<sup>8</sup>. Somos todas y todos de este planeta, de esta tierra azul de lejos y multicolor de cerca.

Es en ese sentido, una vez más, el hablar de teología de la mujer está todavía en un nivel abstracto y general. Es necesario preguntar a las propias mujeres, de los más diferentes rincones del mundo, sobre lo que ellas viven y sobre su teología. Es necesario acoger lo que ellas expresan como vivencia a partir de sus palabras y de la forma como construyen los significados de su mundo. El diálogo, el crecimiento y los cambios se hacen a partir de esa actitud que permite a las personas sentir que son escuchadas, respetadas y valoradas.

Finalmente sería importante que Francisco, como hombre y papa, oiga en directo y reconozca las palabras de las mujeres sobre ellas mismas. Y ese proceso reafirme la autoridad de esas mismas palabras cuando expresan la fuerza de la vida en sus muchas situaciones y desafíos. No me refiero aquí a las liviandades del consumismo capitalista que usa a las mujeres como objetos de propaganda y lucro. Sé que muchas se dejan seducir por las luces de los supermercados y sus artículos de lujo y por los embriagadores modelos de vida presentados por el capitalismo. Sin embargo, aquí quiero referirme a la búsqueda de tantos grupos de mujeres a favor del bien común y de la solidaridad entre los pueblos. Quiero señalar su sentido crítico del capitalismo y del patriarca-

---

<sup>8</sup> Op. Cit. P.36.

lismo, así como de sus muchas iniciativas en favor de las marginadas/os. Aproximarse a ellas es una forma de valorar la palabra de la diversidad de los creyentes en la Iglesia a partir de lo que la Vida y el Espíritu nos inspiran y mandan.

## **Breve conclusión. Para no decir que no hablé de esperanza...**

El último punto de mi reflexión tiene que ver con algunas esperanzas de grupos de mujeres católicas en relación al papado de Francisco, y creo que aquí me represento a mi misma. Mi esperanza no está en las encíclicas del papa ni en su teología. Estas tienen una relativa importancia en la vida de la mayoría de las personas. Mi esperanza tampoco está en esa forma de papado con su organización jerárquica como gobierno de la Iglesia. Mi pequeña esperanza está en aquello que consigo asimilar de las actitudes del papa en relación al sufrimiento de muchas personas. En ese particular, pienso que las palabras y las acciones públicas de Francisco en relación a las muchas exclusiones de pobres, desempleados, emigrantes, jóvenes, son portadoras de esperanza con vista a un mudo mejor. Sus actitudes demuestran que él no es insensible al dolor humano, ni a la crueldad de los sistemas que instauramos y mantenemos. En esa línea él no es ingenuo en relación a los sufrimientos impuestos a las personas, incluso por la institución eclesiástica. Percibe las dificultades de las estructuras de la Iglesia, presentes de forma especial en la Curia romana, a la que llamó valientemente “lepra del papado”<sup>9</sup>.

Sus palabras fuertes y directas contra los sistemas de opresión, anuncian que él podrá, tal vez, captar en medio de la multitud de problemas algo más específico de la opresión de las mujeres. Las ausentes, las silenciadas y las menos consideradas en la sociedad, en la Iglesia y en la teología, podrían aparecer en forma más señalada en la Iglesia a través de las luchas por su dignidad. Nos gustaría esperar que en los próximos años se tome más en serio las reivindicaciones específicas de las mujeres, su

---

<sup>9</sup> Entrevista de Francisco Strazzari publicada en el periódico **O Estado de São Paulo**, 8 de octubre de 2013.



trabajo en muchas áreas marginadas y su contribución teológica, filosófica y científica. Esperamos que él abra posibilidades para una discusión más amplia de las preguntas que nosotras las mujeres nos hacemos en este siglo XXI, en relación al mundo, a la Iglesia y a la teología.

Intuyo que el papa Francisco a lo largo de su pontificado, a pesar de los muchos desconocimientos en relación a las mujeres, sobre todo heredados de su formación clerical, podría, con nuestra ayuda, reconocer los equívocos milenarios de la Iglesia y ayudarnos mutua y colectivamente a avanzar. Podría estar atento a las diversas formas de opresión y falta de derechos de los que muchas mujeres han sido y todavía son víctimas. Podría unir su voz a la nuestra en la lucha radical del amor que comienza por la escucha y por la instauración de relaciones de justicia y equidad. Así se podría delinear en la Iglesia una actitud de acogida a las luchas de las mujeres. Solo así el antifeminismo, tan fuertemente presente en muchas culturas y en la Iglesia, podría ser superado.

El antifeminismo eclesiástico identificado como voluntad de Dios y de Cristo nos sorprende cada día. Sus representantes tienen la pretensión de conocer la voluntad de Dios e identificarla a comportamientos segregacionistas comunes al orden masculino establecido en la Iglesia católica. Hacen apología de ese orden como si fuese una realidad revelada inmutable. Entablan una conocida “guerra santa” contra aquellas que experimentan el mundo y viven la trascendencia de otra forma. Para nosotras, teólogas feministas, tales actitudes son parte de muchas supersticiones vigentes en la Iglesia y particularmente difundidas por la jerarquía y por el laicado de ella dependiente. Estas actitudes provienen de muchos siglos de preconceptos y temores contra las mujeres, así como de la amalgama de muchas culturas que se cristalizaron en una antropología jerárquica que mantiene a las mujeres todavía distantes de una ciudadanía plena en la Iglesia. La invitación a oír, a aproximarse, a colocarse en el lugar de los otros, son parte integrante del discurso del nuevo papa. Las periferias del mundo, los sin poder, los situados al margen, tienen la fuerza para tocar el corazón del papa. Por eso espero que el papa Francisco pueda llevar adelante su misión de pontífice, puente entre los diferentes grupos que, a partir de lenguajes diferentes, quieren ser expresión

de amor, única fuerza histórica capaz de volver nuevas todas las cosas. Las mujeres son parte de esa diversidad de grupos, y muchas están dispuestas a hacer con Francisco un camino para que nuevos tiempos de solidaridad, de justicia y ayuda mutua puedan nacer. Este camino abre nuevas posibilidades de perfeccionar las relaciones humanas, para ampliar el número de las personas que buscan ser ciudadanas y ciudadanos del mundo, colocándose en el lugar de las otras sin “tirar piedras” y sin “suprimir la ley y los profetas”.

*(Traducción de José Miguel Paz).*